

LECCIÓN 32.^a LA ESCATOLOGIA DE PABLO EN LAS CARTAS A LOS TESALONICENSES (I)

Además del estudio de los términos bíblicos que se utilizan para la segunda venida de Cristo, es importante considerar asimismo con cierto detalle aquellos pasajes más especialmente explícitos que encontramos en el Nuevo Testamento. Entre ellos, cobran peculiar relieve los que hallamos en las dos epístolas que Pablo escribió a los cristianos de Tesalónica.

1. La meta final de la conversión de los tesalonicenses

En su 1.^a Tesalonicenses el apóstol expresa su gozo ante el testimonio consecuente de los cristianos de Tesalónica, que habla por sí mismo de «.como os volvisteis hacia Dios desde los ídolos —asi dice el original—, para servir cu Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesucristo, quien nos libra de la ira venidera» (1:9-10).

Por la gracia de Dios, puesta la mirada en Jesús, los tesalonicenses habían dado la espalda a los ídolos, volviéndose hacia el Dios verdadero, vivo y real. Aquí, todo el énfasis está en el carácter de Dios, como opuesto a todo lo que son los ídolos. Los ídolos son cosa muerta, pero Dios vive: los ídolos son vanidad vacía,²⁵ pura apariencia, figura alienadora, mientras que Dios es real, verdadero, integrador. Los ídolos son incapaces de ayudar, pero Dios es todopoderoso y presto a venir en nuestra ayuda, como lo ha demostrado en el Calvario. Es a este Dios vivo y verdadero, el único, al que los tesalonicenses se habían convertido, Y a El se volvían, para servirle y adorarla, sometiendo a su señorío.

Pero volverse al Dios vivo y verdadero implica asimismo convertirse al Hijo: ambas cosas no son sino una sola misma experiencia, pues al Dios vivo sólo se le conoce a través de Jesucristo (Mat. 11:27; Jn. 1:18; 14:9), ya que todo lo que comporta la salvación y la esperanza de la redención final y total nos es dado únicamente por el Hijo. De ahí que en los versículos 9 y 10 se pasa con toda naturalidad del Padre al Hijo

La conversión pues, implicaba dos cosas bien definidas para los fieles de Tesalónica 1) apartarse de los ídolos; 2) convertirse, o volver a Dios y a su Hijo que viene de los cielos, ¿Se puede estar verdaderamente convertido sin gloriarse en esta maravillosa doctrina y sin esperar de los cielos a Jesús?

«Esperar...» conlleva aquí paciencia y confianza. Significa estar listos para su llegada, como cuando esperamos una visita importante y lo tenemos todo a punto para que el vistanle se encuentre a gusto entre nosotros. Así, esperar al Hijo de Dios en sintonía con los consejos de Jesús mismo en el Monte de los Olivos, equivale a estar preparado en una vida de consagración al servicio del Señor (Mat. 24:42-51; 1.^a Ped. 1:14).

«... de los cielos a su Hijo.» Este Hijo no es otro que el Jesús histórico, el cual, literal y físicamente, resucitó de los muertos (cf. Rom. 4:24, 25; 1.^a Cor. 15:15; Gal. 1:1, Ef. 1:21; Col. 2:12; 2.^a Tim. 2:8), Para Pablo, el Cristo de la fe es el de la historia.

«Jesús, que nos libra de la ira venidera.» El Señor vendrá en juicio a este mundo (2.^a Tes. 1:7-10); será entonces el día de la manifestación de la justa ira de Dios sobre el pecado. Sin embargo, el creyente no tiene nada que temer, no tiene por que sentir miedo. Jesús es para nosotros «el que nos libra de la ira venidera» . Jesús, el Salvador (1:1) siempre hace honor a su nombre: salva, libera, redime.

2. La corona de Pablo en el Día del Señor

«¿Cuál es nuestra esperanza, o gozo, o corona de que me glorie? ¿No lo sois vosotros, delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida?» dice el apóstol en 1^a Tesalonicenses 2:19

Pablo contempla el Día del Señor como el momento en que recibirá la corona como premio a su esfuerzo misionero. Ahora bien, la corona son los mismos convertidos de Tesalónica y de otros lugares a los que llevó el Evangelio liberador. Para Pablo son suficiente gozo y corona.

«... delante de nuestro Señor Jesucristo, en su venida». El vocablo «venida» (parousia) se ha usado a veces, en su sentido no técnico, como «presencia» (2ª Cor. 16:17; 2ª Cor. 10:10), como «venida», «llegada» (2ª Cor 7:6, 7; 2ª Tes. 2:9). En otros pasajes, como en este que nos ocupa, el significado obvio no es otro que «retorno» o «arribada» de vuestro Señor con el objeto de bendecir a su pueblo con su presencia (1ª Tes. 3:13; 4:1; 5:23; 2ª Tes 2:1, 8; Cf. Mal. 24:3, 27, 37, 39; 1ª Cor. 15:23; Stg 5:7, 8; 2ª Ped 1:16, 3:4, 12; 1ª Jn 2:28). Este sentido le viene a la palabra por paralelismo con la llegada, o visita, de algún rey o emperador a algún lugar, y comporta la doble idea de presencia y venida. Presencia y venida que, por supuesto, tienen que ser personales y visibles, porque representan la manifestación, la revelación, del monarca a sus súbditos.

3. La discusión en torno a 1ª Tesalonicenses 3:13b

Dice más adelante el apóstol: «Y el Señor os haga crecer y abundar... para que sean afirmados vuestros corazones irreprehensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos» (1ª Tes. 3:13),

El anhelo de Pablo es que los convertidos de Tesalónica abunden en amor y dedicación al Señor, para estar siempre listos para el gran momento: el día en que venga el Santo de los Santos con sus santificados.

El último miembro de la frase con que se cierra este versículo ha provocado mucha discusión. En primer lugar, volvemos a toparnos con la palabra —famosa dentro de la terminología teológica— parousia, que más arriba hemos definido, de acuerdo con los mejores comentaristas y en desacuerdo con los llamados «Testigos de Jehová», de la siguiente manera: «llegada de nuestro Señor con el objeto de bendecir a su pueblo con su presencia».

Para los «Testigos de Jehová», «Parousia no quiere decir que El esté en camino o que ha prometido venir, sino que El ya ha llegado y está presente... No es necesario que Cristo sea visible en su presencia».²⁶ Esta explicación es obligada para los russellistas, puesto que no creen que Jesucristo resucitase físicamente, sino tan sólo espiritualmente. Es, pues, imposible que su venida sea visible y que todo ojo le vea.²⁷ De modo que, por prejuicios, no se acepta una verdad acerca de la cual testifica todo el Nuevo Testamento.

Lo extraño y triste es que haya hermanos —muy amados— que, por otras razones, también vean en 1ª Tesalonicenses 3:13 una venida invisible, puramente espiritual, mediante la cual el Señor procederá a lo que ellos llaman el «arrebatación de la Iglesia».²⁸ Este «arrebatación», en la escatología dispensacionista, será invisible, de modo que sólo se enterarán los afectados por el mismo: la Iglesia elevada a las nubes para estar con el Señor, lejos de esta tierra que se convertirá luego en el escenario de la «gran tribulación» final, de la cual los miembros del Cuerpo de Cristo quedan fueran, por estar ya en los cielos con Jesús. Dicho esquema exige una venida invisible del Señor, exactamente como la de los «Testigos».

Paradójica y triste coincidencia²⁹ La escuela dispensacionista habla de dos advenimientos de Cristo, de modo que no sólo hay que esperar una segunda venida, sino también, lógicamente, una «tercera venida», visible y patente a todo el mundo, puesto que aquella «segunda» es invisible.

Pero ¿no enseña este versículo en 1ª Tesalonicenses 3:13 que cuando Cristo venga lo hará con sus santos, para atraer también a quienes, «irreprehensibles en santidad», aguardan su venida?

La respuesta exegética a esta pregunta y, sobre todo, para obtener la recta inteligencia de dicho versículo 13, debemos servirnos del pasaje paralelo en 4:13-17, dado que la enseñanza es la misma, aunque expuesta con más extensión y detalle.

Cuando Cristo vuelva, Dios traerá con El (4:14) a los que durmieron en el Señor. Es decir, en su venida, nuestro Señor Jesucristo aparecerá con todos sus santos ya glorificados. Estos santos son todos aquellos que a lo largo de los siglos han vivido su fe con seriedad y

consecuencia. Fueron separados por Dios —santificados, puestos aparte para su servicio— mediante el poder santificador del Espíritu Santo (1.^a Ped. 1:2), de modo que, estando en la posición de santos, llegaron a serlo también por la experiencia; al morir, entraron en la mansión de los glorificados, en la misma presencia del Señor. Estos son los santos con los cuales el Señor aparece. Ni uno solo de ellos será dejado en el cielo; todos los que, al morir, fueron al cielo —y, por consiguiente, se encuentran ahora allí con el Señor—, dejarán sus moradas celestiales en el mismo momento en que Jesucristo venga a la tierra en su segunda venida. Rápidamente, en un abrir y cerrar de ojos, las almas de estos santos glorificados irán a reunirse con sus cuerpos («los muertos en Cristo resucitarán primero» —4:16—), los cuales se convertirán en cuerpos gloriosos de resurrección. Entonces, inmediatamente, y junto con los hijos de Dios que todavía estén en la tierra y que, asimismo, serán cambiados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, ascenderán todos conjuntamente para recibir al Señor.

Esta es la única interpretación de 1.^a Tesalonicenses 3:13 que no fuerza el texto, ni viola ninguna ley gramatical, dando a las palabras el verdadero sentido; y, sobre todo, es la única que armoniza perfectamente con 4:13-18, que luego estudiaremos más detenidamente. De modo que no hay necesidad —ni base exegética sería para ello— de sostener, como lo hacen nuestros hermanos dispensacionalistas—, la teoría según la cual Cristo vendrá primero por sus santos, y siete años más tarde —¡exactamente!— volverá con sus santos. La venida expresada en este versículo es una e indivisible como en todos los pasajes en que se habla de la segunda venida, pero es precisamente el pasaje de 4:13-18 el más frecuentemente citado para enseñar un arrebatamiento pretribulacionista de la Iglesia. Dave Mc-Pherson escribe que «algunos recitan estos versículos, los repiten una y otra vez, como si la repetición pudiese efectuar el milagro del traslado de los santos al cielo antes de que sobrevenga la tribulación final». En vez de ello, en vez de llamar a este pasaje el texto clave de la enseñanza pretribulacional y del arrebatamiento, tendríamos que denominarlo con más propiedad el pasaje de la resurrección; los personajes de esta sección son los muertos en Cristo. En los primeros cinco versículos no se habla de nadie más. Y en el último se sobreentiende que es de ellos, asimismo, de quien se trata. Solamente en el versículo 17 se nos habla de «arrebatamiento», pero no del «rpto» dispensacional, sino de la transformación final en el momento de la resurrección, cuando Cristo vuelva en su única e indivisible segunda venida:

«... el Señor mismo descenderá del cielo...» (versículo 16).

«...y los muertos en Cristo resucitarán primero. LUEGO, nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados JUNTAMENTE con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (vers. 17).

4. El contexto posterior (1.^a Tes. 5)

El capítulo 5 continúa el tema con que termina el capítulo 4. Con mejor tino que en otros casos, las Sociedades Bíblicas no han separado 1.^a Tesalonicenses 4:18 de 1.^a Tesalonicenses 5:1 y ss, sino que lo han impreso todo seguido, constituyendo toda una sección con tema único. Y así es de hecho, puesto que el capítulo 5 comienza con un «pero» («Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones...»), lo cual indica la conexión entre el final del capítulo anterior y este capítulo. Cualquiera que lea los dos capítulos sin interrupción, puede fácilmente comprobar que el capítulo 5 continúa describiendo lo que 1.^a Tesalonicenses 4:13-18 comenzó, denominándolo «el día del Señor», el tiempo de la destrucción repentina sobre el mundo impío, con la venida de Cristo en juicio: todo lo cual significa que el «arrebatamiento» en todo caso tendría que ser pos-tribulacional: porque si la destrucción repentina tiene que acaecer durante o antes de la tribulación, ¿cómo podría haber una tribulación?

El retorno del Señor queda dividido en dos partes en el esquema dispensacional, como ya hemos considerado en otras partes de este estudio. Esta división en dos de la segunda venida de Cristo es para dar lugar a la doctrina más típicamente dispensacional —el arrebatamiento de la Iglesia antes de la gran tribulación—, lo cual exige una venida secreta del Señor para recoger a los suyos de manera invisible, al modo como lo creen también los «Testigos de Jehová» (¡qué lamentable y triste parentesco!). Al término de dicha tribulación —según el mencionado esquema— el Señor aparecerá en gloria para traer salvación a Israel y establecer su Reino

milenial. Estas dos venidas suelen denominarse, en el lenguaje de los dispensacionalistas, el «arrebatamiento» y la «revelación». George Eldon Ladd —premilennial, pero no dispensacionalista— escribe:

«Mientras los dispensacionalistas se empeñan en sostener su peculiar punto de vista sobre las dos venidas de Cristo, la mayoría de sus "argumentos" exegéticos han sido derrotados. De hecho, Walvoord llegó incluso a admitir que el "pretribulacionismo" (es decir: la venida de Cristo en secreto antes de la gran tribulación) no está enseñado explícitamente en la Escritura (J. Walvoord, *The Rapture Question*.1957). Este reconocimiento que apareció en la primera edición del libro, fue eliminado en las posteriores reimpresiones. He ahí, sin embargo, una admisión significativa. El hecho es que la Iglesia no tuvo jamás otra esperanza que la segunda venida visible, en poder y en gloria. La iglesia no puede depositar su esperanza en una venida invisible, y secreta, para el mundo. Lo que Pablo encomienda a Tito que guarden los cristianos es "la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tit. 2:13). cuando venga con sus santos ángeles (2.^a Tes 2:1-7). Se ha argumentado, a veces, en defensa de la doble venida de Cristo que si tiene que venir "con todos sus santos" (1.^a Tes. 3:13), por necesidad debe haber venido antes "a por ellos". Y esta venida por sus santos es lo que se llama el arrebatamiento al comienzo de la gran tribulación para librar de ésta a su Iglesia: su venida "con sus santos" sería un acontecimiento posterior al final de la tribulación. Esta frase, sin embargo, no ofrece ninguna prueba exegética para defender dos últimas venidas de Cristo. Si los "santos" (hagioi) de 1.^a Tesalonicenses 3:13 son hombres redimidos, este versículo no añade nada nuevo a 1.^a Tesalonicenses 4:14, donde Pablo afirma que, en la segunda venida de Cristo, cuando el Señor arrebate a su Iglesia, "también traerá Dios con Jesús a los que durmieron con él". A pesar de todo, los "santos" de 1.^a Tesalonicenses 3:13 podrían muy bien ser los santos ángeles que acompañarán al Señor a su regreso (el vocablo hagioi se emplea para designar a los ángeles en la Septuaginta en Salmo 89:5-7; Daniel 4:13; 8:13; Zacarías 14:5). A los ángeles se les llama muy frecuentemente "los santos" en la literatura de Qumram. El fondo de lenguaje que se emplea para describir la segunda venida procede del Antiguo Testamento; es el lenguaje de las teofanías. El Antiguo Testamento concibe a Dios obrando en la historia para realizar sus propósitos redentores; pero también dirige su mirada hacia delante, al Día de la visitación divina cuando el Señor venga a juzgar y a traer salvación mediante la consumación de su Reino (cf. Is. 2:12-22 —especialmente versículo 21—; 26:31; 35:4; 40:10; 66:15 y ss.; Zac. 14:5). En el Nuevo Testamento esta teofanía divina se cumple con la venida de Jesucristo: y el glorioso retorno del Señor es necesariamente el Día de la salvación para su pueblo (1.^a Tes. 5:8-9), pero asimismo el Día del juicio para el mundo impío (2.^a Tes1:7-8). Es el Día del establecimiento definitivo del Reino (2.^a Tim. 4:1). La teología de la segunda venida es la misma en Pablo que en los Sinópticos. La salvación no es tan sólo algo que concierne al destino de las almas individuales; incluye consecuencias cósmicas y todo el devenir histórico de la humanidad como un todo. La venida de Cristo es un acontecimiento definido para todos los hombres; significa, o bien salvación, o juicio. Hay más, la salvación no es un asunto individual meramente; tiene que ver con todo el pueblo de Dios, e incluye la transformación de todo el orden físico por entero. Esta redención es toda ella obra de Dios. La venida de Cristo es un acontecimiento cósmico en el que Dios, que visitó en humildad a los hombres en la persona humilde de Jesús de Nazaret, volverá a visitarlos de nuevo en el Cristo glorificado. La meta de la redención es nada menos que el establecimiento del reinado, y del gobierno, de Dios en todo el Universo "para que Dios sea todo en todos" (1.^a Cor. 15:28).»

«La segunda venida se describe de varias maneras en el Nuevo Testamento: es el Día del Señor (1^a Tes. 5:2; 2.^a Tes. 2:2. Cf. también Hech. 2:20; 2.^a Ped. 3:10); el Día del Señor Jesús (1.^a Cor. 5:5; 2.^a Cor. 1:14); el Día del Señor Jesucristo (1^a Cor. 1:8); el Día de Jesucristo (Fil. 1:6); el Día de Cristo (Fil. 1:10; 2:16); Aquel Día (2.^a Tes. 1:10; 2.^a Tim. 1:18); el Día de Dios (2.^a Ped. 3:12). En vista del hecho de que el Cristo exaltado es para la Iglesia primitiva el Señor (Rom. 10:9; Fil. 2:11), resulta obvio que todos los esfuerzos realizados para distinguir, diferenciar y separar el Día del Señor del Día de Cristo —para hallar en ellos dos diferentes programas escatológicos; uno para Israel, y el otro para la Iglesia— son del todo inútiles y desorientadores. La venida de Cristo para recoger a su pueblo —tanto vivos como muertos— (1.^a Tes. 4:13-17) recibe el calificativo de Día del Señor (1^a Tes. 5:2), exactamente como su venida para juzgar al Hombre de Pecado (2.^a Tes. 2:2).»³⁰

Vayamos, pues, al texto mismo de 1.^a Tesalonicenses 4:13-5:11 sin prejuicios y recibamos lo que quiere enseñarnos objetivamente sobre la gloriosa segunda venida de Cristo. Un análisis detallado nos ocupará toda la lección siguiente.

Notas:

25. La palabra griega eidolon = ídolo, significa «mera figura».

26. Véase, entre otros, su libro Sea Dios veraz, p. 194.

27. Véase o. c., p. 38.

28. Véase Biblia Anotada de Scofield. p. 1225, referencia en la columna central con la letra u (alusión a 2:19).

29. Véase nota a 1.^a Corintios 1:7 de la Biblia Anotada de Scofield (p. 1169). Para una discusión de todos los vocablos que aluden a la segunda venida, nos remitimos a la lecc. 30.^a de este mismo volumen.

30. G. E. Ladd, A Theology of the New Testament, pp.557-559